

Soy Mary.

Soy bruja. O así me llaman algunos. 'Semilla del diablo', 'Hija de bruja', me sisean por la calle, aunque no conozco ni a mi padre ni a mi madre. Solo conozco a mi abuela, Eliza Nuttall; madre Nuttall para sus vecinos. Ella me crió desde que era un bebé. Si sabía quiénes eran mis padres, no me lo dijo.

'Hija del rey Erl y la reina de los Elfos, eso es lo que eres.'

Vivimos en una casita en la linde misma del bosque, la abuela, yo, su gato y mi conejito. Vivíamos. Ya no vivimos allí.

Llegaron unos hombres y se la llevaron. Hombres con capas y sombreros negros tan altos como campanarios. Empalaron al gato en una estaca, aplastaron el cráneo del conejo golpeándolo contra la pared. Dijeron que no eran criaturas de Dios, sino familiares, encarnaciones del mismísimo Diablo. Arrojaron el amasijo de piel y carne al estercolero y amenazaron con hacer lo mismo conmigo si no les confesaba mis pecados.

Entonces se la llevaron.

La encerraron en el calabozo más de una semana. Primero la 'pasearon' de un lado a otro, con uno de ellos a cada lado, durante un día y una noche hasta que no pudo dar un paso más con aquellos pies hinchados y ensangrentados. No quería confesar. Así que se dispusieron a demostrar que era bruja. Llamaron a una mujer, la pinchabrujas, que la atravesó por todas partes con sus largas agujas, buscando un lugar insensible donde no fluyera la sangre, el lugar donde se supone que se alimentan los familiares. Los hombres observaban mientras la mujer la pinchaba. Obligaron a mi abuela a soportar su mirada perversa, una anciana desnuda, despojada de modestia y dignidad, con la sangre fluyendo por su cuerpo marchito, y seguía sin confesar.

Decidieron meterla en el agua. Tenían muchísimas pruebas contra ella. Muchísimas. Durante toda la semana la gente había acudido a ellos con sus acusaciones. Cómo les había mirado mal y había enfermado a su ganado y su familia; cómo había usado la magia, clavando alfileres en figuras de cera para provocarles aflicción; como recorría los campos varios kilómetros a la redonda tomando la forma de una gran liebre, lo cual conseguía usando la grasa derretida de un cadáver. Me interrogaron, preguntándome: '¿Es eso cierto?'. Dormía conmigo en la misma cama. ¿Cómo sé yo dónde iba cuando el sueño se apoderaba de ella?

Eran todo mentiras. Disparates y mentiras.

Y esos que la acusaban eran nuestros amigos, nuestros vecinos. Habían acudido a *ella*, pidiéndole ayuda para animales y niños, enfermos o heridos, o para la esposa que iba a dar a luz. Es verdad que tenía poder en las manos, con hierbas y pociones, pero esa facultad venía de su interior, no del Demonio. La gente confiaba en ella, o había confiado hasta ahora, y requería su presencia. Alumbramiento o muerte, le pedían a mi abuela que estuviera allí para ayudarlos a pasar de un mundo al otro.

Habían acudidos todos a la flotación. Estaban de pie en ambas orillas del río, a lo largo del puente, mirando hacia abajo, hacia la poza oscura donde el agua se ve negra y profunda. Los hombres de sombreros altos arrastraron a mi abuela hasta allí desde el hoyo apestoso donde la tenían presa. La cruzaron con ataduras, atando el dedo gordo del pie izquierdo con el pulgar de la mano derecha y viceversa,

asegurándose de que las cuerdas quedaban tensas y apretadas. Luego la arrojaron al agua. La multitud observaba la escena en silencio, solo se oía el roce de los pies al arrastrarse hacia delante, para ver qué hacía.

'¡Flota!'

El murmullo comenzó con una sola persona, que lo dijo en voz baja, casi maravillada. Pero se fue extendiendo de uno a otro hasta que todos lo gritaron con una sola voz, dando alaridos como un ser monstruoso. Flotar era una prueba indudable de culpabilidad. La asieron con un gancho, arrastrándola hacia la orilla como un montón de ropa sucia. No querían que se ahogara porque eso les privaría del ahorcamiento.